

CONVERSACIONES

con

Robert Graves

Con los pies en el aire



Traducción

de

José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción	9
I. Retiro al Parnaso <i>Peter Quennell, 1960</i>	19
II. Del diario de Virginia Woolf <i>27 de abril de 1925</i>	25
III. Diálogo para <i>Redbook</i> <i>Gina Lollobrigida, 1963</i>	29
IV. Una conversación con Robert Graves <i>Juan Bonet, 1969</i>	47
V. El arte de la poesía <i>Peter Buckman y William Fifield, 1969</i>	63
VI. El Graves que conozco <i>James Reeves, 1975</i>	93
VII. Graves en Deia <i>Jorge Luis Borges, 1985</i>	101
Cronología	103

INTRODUCCIÓN

Robert Graves nació en el seno de una familia victoriana estable e intelectualmente brillante. Su madre, Amy, procedía de una familia amante de las artes y la docencia que ayudó a Robert y protegió sus intereses —a menudo, incluso financieramente— durante toda su vida. Alfred Perceval Graves, su padre, fue un miembro activo de la Sociedad Literaria Irlandesa y alcanzó un considerable renombre con sus propios escritos, animando a Robert a que escribiera y publicara.

A través de su padre, el joven Robert conoció a Lloyd George e, indirectamente, a T. E. Lawrence. La familia esperaba que Robert fuera directamente de la Public School a Oxford, para iniciar después una carrera académica, continuando y mejorando sus éxitos literarios. Así lo hubiera hecho si la Primera Guerra Mundial no hubiera revelado su inhumana realidad: sucias e innobles muertes en las trincheras, trozos de metralla que te arrancaban un miembro, gases que te

asfixiaban, fatiga que destrozaba la esperanza y hundía la estabilidad personal, todo, mientras los beneficiarios de la guerra medraban.

La respuesta de Graves se visualiza fácilmente en el título de su autobiografía: *Adiós a todo eso* (1929), en la cual rechazaba todo lo que consideraba insustancial y carente de sinceridad, en especial el mundo victoriano de sus padres. No obstante, hay que señalar que en el tiempo transcurrido entre su ingreso en el cuerpo de Fusileros Reales de Gales, en 1914, y el momento en que redactó su autobiografía, se casó, fue padre de cuatro hijos, consiguió su licenciatura en Oxford y aceptó un puesto de enseñanza en Egipto. Estuvo estrechamente vinculado a Edward Marsh y a los poetas georgianos, publicando incluso en *Georgian Poetry*. Si bien los georgianos eran un grupo de jóvenes poetas que trataban de dar vigor a la poesía de su tiempo, la naturaleza de su poesía venía definida por la aceptación de los valores y gustos de las clases educadas. Graves también formó parte del grupo que rodeaba a T. E. Lawrence, el héroe que Inglaterra necesitaba tras la devastación de la guerra. En cualquier caso, Graves parecía tener una personalidad que no se adaptaba fácilmente a un modo de vida tradicional.

De hecho, su acción más impredecible hasta entonces fue haber abandonado a su mujer y marcharse con Laura Riding. En 1969 me dijo que se había ido con Laura Riding porque su mujer,

Nancy Nicholson, lo necesitaba, sugiriendo de este extraño modo una dependencia femenina que celebraría en *La Diosa Blanca* como la base de la cultura occidental. Incluso rechazando los principios de la era victoriana, Graves buscaba los precedentes históricos y nunca apeló a los simples deseos personales. Cuando dejó Inglaterra con Laura Riding, era de esperar que se marcharan al París bohemio y, efectivamente, se fueron a Francia; pero a sugerencia de Gertrude Stein se trasladaron a Mallorca, si bien no a la capital, Palma, sino a un pueblecito, Deià, situado entre la montaña y el mar. Corría el año 1929. Allí vivió los sesenta años que le quedaban de vida, salvo cuando las guerras, sus escritos, su familia o sus amigos se lo impedían. Robert Graves fue siempre un feliz pueblerino, ya fuera en Inglaterra, en Gales o en España. Probablemente, las historias cotidianas de sus habitantes y las tradiciones populares conocidas por los que allí vivían se correspondían con la honradez personal de su propia vida y con la búsqueda de la verdad en sus escritos, en la que podía creer sin reservas. Incuestionablemente, Laura Riding era el eje central de su existencia, pues se trataba de una mujer de fuerte carácter, gran talento y una constante inquietud intelectual. En cualquier caso, Robert Graves permaneció en Deià mucho más tiempo que el que estuvo con Laura Riding.

Cuando estuve en Deià, en 1969, el pueblo era sencillo, incluso en sus diversiones: dos hoteles, dos cafés y una película de Bud Abbott y Costello una o

dos veces a la semana en un cine de verano. La pequeña playa, más bien un pedregal, no podía compararse ciertamente con las espléndidas playas de otras partes de la gran isla. Sin embargo, Robert Graves escogió vivir y escribir allí. Como evidencian muchas de estas entrevistas, los más prestigiosos hombres de letras emprendieron el camino a Deià para verlo, como también hicieron otros muchos desconocidos. Muchos tuvieron que oír las mismas historias cuando le hicieron las mismas preguntas, y probablemente se dijeran: ¿para qué he hecho tal viaje?, ¿para quedarme frente a un hombre más bien mudo, que por otra parte charlaba con toda facilidad con los niños que lo rodeaban y a quien simplemente llamaban Robert? Muchos de los escritores que aparecen en este volumen han dado la respuesta a ese *para qué*, y creo que en su mayoría coinciden con lo expuesto por George Steiner en «El genio de Robert Graves», publicado por *The Kenyon Review* en 1960: «Tuve el privilegio de verlo en su casa de la isla de Mallorca. (Un privilegio al que un creciente número de jóvenes poetas, discípulos y futuros biógrafos esperan cada año.) El lugar es incomparable; bastiones de roca de colores que van del cobre al gris pastel con el paso del sol; olivos y naranjos que descienden por las escarpaduras, que forman numerosas cuevas, y todo rodeado por el Mediterráneo, aquí, tal vez, más embrujado, demoníaco y legendario que en cualquier otra parte. La gente del pueblo, que habla una antigua y difícil lengua, indica la casa del “señor

Graves” con cierto orgullo. Él es uno de ellos, y esto es algo que pocos extranjeros consiguen en una comunidad española».

Es verdad que la presencia de Graves, más que la de otros muchos escritores, afecta a sus lectores y es esencial para realizar el camino a Deià y visitarlo. Los que realizan entrevistas formales con Graves eluden simplemente una explicación racional.

Muchos de los escritos en prosa de Graves introducen ideas radicales: *Adiós a todo eso*, *La historia de Mary Powell*, *Los mitos griegos*, *La Diosa Blanca*, *Rey Jesús*, *Rubaiyat de Omar Khayyam*, y en todos Graves parece dispuesto al debate, a la discusión. Sin duda lo estaba; no obstante, limitarse a analizar los libros sería lo mismo que considerar a Graves solo un vecino del pueblo. En sus libros y en casi toda su poesía, Graves se abre a la polémica con personalidades del pasado y del presente que, como él, estaban interesadas por el origen y la naturaleza de la cultura y la sociedad. Ver a Graves en Deià añade otra dimensión al hombre, que se revela en sus libros, pues la visita no puede reemplazar a sus escritos.

Tal como era, había que aceptar lo que dijese, en parte porque sus afirmaciones nunca eran decepcionantes. Dennie Abse no cuestionó que tuviera relaciones familiares con el primer ministro Heath, ni yo le negué la posibilidad de que fuera hijo del Profeta, como me dijo. En parte aceptamos las declaraciones de

Graves del mismo modo en que cambia de amistades continuamente. Con aquellos que son bienvenidos a su lado mantiene relaciones de compleja diversidad. Responden a las publicaciones de Graves en conversaciones, cartas y artículos recíprocos. Las amistades no se limitaban a picar aceitunas y beber vino. Idealmente, las conversaciones no versaban solo sobre libros, sino sobre la personalidad del propio Graves. No obstante, los libros han sobrevivido al hombre.

Escribió unos ciento veinte libros, revisaba su poesía constantemente y mantuvo una muy extensa correspondencia, la mayor parte redactada con pluma y tintero. Incluso para un hombre que vivió noventa años, semejante producción —y su correspondiente investigación— debió de dejarle poco tiempo para la aventura. No hay relatos de caza en África, ni de viajes en grandes transatlánticos o trenes de lujo, ni de peleas en cafés famosos o fuertes disputas en restaurantes. De hecho, después de las batallas y las heridas de la Primera Guerra Mundial, y del tan comentado episodio con Laura Riding (en el que ambos tuvieron que saltar por su propia ventana), pocas cosas, en términos de acción, ocurrieron en la vida de Robert Graves. Cuando menos no las conocemos, aunque la biografía autorizada, cuando se publique, puede muy bien modificar nuestra opinión. El primer volumen, *Robert Graves: el asalto heroico, 1895-1926*, publicado en 1986, revela que Graves viajó mucho por el este de Europa buscando inspiración y reconocimiento para su poesía.

Dado que no tenemos evidencia de lo contrario, la vida de Graves se revela como la de un hombre sencillo, que vivió en una isla remota y escribió libros que provocaron que mucha gente sintiera la necesidad de conocerlo. La llamada de los libros, tales como *La Diosa Blanca*, con sus dilatados y complejos argumentos, es al mismo tiempo emocional e intelectual. *La Diosa Blanca*, como cualquiera de sus otros libros, situó a Robert Graves como una de las voces ineludibles en la historia de los poetas y la poesía del siglo xx. En ellos, el dominio de la mujer se establece en correspondencia a su papel de musa. Para Graves, el amor entre el poeta y la musa, normal e inevitable físicamente, nunca puede ser duradero. Quizá sus primeras aproximaciones a las teorías de Freud lo ayudaran a buscar el valor de estas relaciones, más allá de su aceptación, sin condenarlas. O tal vez Graves esté en lo cierto y el matriarcado sea la estructura original y natural de la sociedad humana; y *La Diosa Blanca* mueve al lector hacia su verdad. Cualquiera que sea la respuesta, *La Diosa Blanca* es de importancia central en sus escritos, como lo ha sido en sus explicaciones de la conducta humana, que nos ofrecen una más que persuasiva respuesta al enigma entre el amor y la poesía.

Especialmente en los años sesenta y setenta del siglo xx, Graves se convirtió en una figura de culto por mostrarse tan abierto hacia las drogas y el sexo extramarital, si bien a quienes querían convertirlo en otro gurú de la contracultura no dejó de recordarles

continuamente que no aprobaba la promiscuidad ni el uso indiscriminado de las drogas. Predeciblemente, los cultos y sus gurús siguieron su camino y Graves permaneció en la isla. Mago, más que gurú, para los jóvenes escritores, Graves argumentó —como antes lo había hecho con T. E. Lawrence— que la poesía nacía de la vida más que de la habilidad verbal. De modo que cuando lo llamaban «viejo maestro», los jóvenes poetas alababan la vida que había producido esa poesía. Por ejemplo, en *Entre luna y luna*, el segundo volumen de la selección de sus cartas, vemos referencias a Kingsley Amis, Ted Hughes y muchos otros. Sus influencias incluyeron también a diosas del cine como Gina Lollobrigida y Ava Gardner.

Su vida fue una vida compleja y plena, hasta el momento apenas esbozada, aunque Martin Seymour-Smith revela mucho de ella en *Robert Graves: su vida y obra* (1982); pero lo que sabemos y esas conversaciones revelan es que la vida de Graves fue la de un mito, al mismo tiempo que la de un mitógrafo, un hombre cuyos escritos explican y celebran la angustia del amor y la dureza de una mujer que ama. También necesitó a Deia, sacralizada por la devoción de Graves.

Las entrevistas y ensayos de este volumen se reproducen sin cortes ni correcciones. Dado que a Robert Graves le preguntaron por las mismas cuestiones muchas veces, es frecuente que sus respuestas sean similares. Hemos mantenido esta repetición, pues for-

Introducción

ma parte del retrato de Graves, y su exclusión hubiera afectado a la precisión de sus puntos de vista. Graves emerge de estas entrevistas como un hombre con sus raíces y su genio firmemente asentados en la tierra, seguro en sus propósitos y apasionado en su ejecución.

Hay personas a las que tengo que agradecer haber podido dar a la luz este libro: a Seetha Srinivasan, de la Universidad de Mississippi, por contestar a todas mis preguntas con paciencia; a Linda Shaughnessy, agente de Robert Graves, y a William Graves, hijo de Beryl y Robert Graves, por sus constantes consejos; a mi familia, especialmente a mi mujer, y a mis amigos, sobre todo a Skip Eno, quien escuchó y comentó cada una de las conversaciones con mucha paciencia.

Y, por supuesto, a Robert Graves, a cuya memoria este libro se dedica.

Frank L. Kersnowski, enero de 1989